

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCION. CALLE DE VICTORIO, 53.—PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES.—NUMERO SUELTO, CINCO CENTIMOS

AL DIA

Nuestras reformas

Como verán nuestros abonados, hemos cumplido desde la cruz á la fecha, cuanto les teníamos ofrecido; hoy EL DIARIO MURCIANO, vestido de fiesta, luce el traje nuevito y luciente que hemos recibido de las acreditadas fundiciones "La Gutenberg," (Madrid) y la de los Sres. Ardón & Olix (Alemania). Nada hemos echado en olvido, desde el título del periódico hasta las letras mayúsculas que sirven de epígrafe á los artículos, sueltos, telegramas y noticias que componen el mismo, ó sean las titulares, como las denominamos en el *argot* del oficio; titulares (tipo treinta y seis) que como la cabecera del periódico demuestran á que elevada gradación se encuentran esta clase de industrias en el extranjero, y sobre todo en Alemania, que es de donde las hemos recibido.

Quizá no falte quien diga al leer el encómio que hacemos del material adquirido que exageramos la nota del elogio y pecamos de inmodestos. Con respecto al primero de los dos extremos indicados, habremos de replicar que las personas peritas que las han examinado, no han tenido inconveniente en asegurar á la vista de aquellas letras de bronce adosadas al hierro, brillantes como el oro, que es lo más acabado y perfecto de cuanto han visto en útiles tipográficos; y en cuanto al segundo, que no es extraño que así nos expresemos, porque hoy nos sucede á nosotros lo mismo que al cariñoso y amante padre que no cabe en sí de gozo, cuando á fuerza de trabajos y laboriosidad, consigue en un día señalado salgan con él sus pequeños hijos á paseo, vistiendo trajecitos nuevos.

Y nada de particular tiene que nos mostremos regocijados y que la satisfacción que sentimos se exteriorice, al recordar que á nuestra constancia é incansante labor debemos las reformas introducidas, el ascender, aunque pausadamente, la penosa cuesta que ofrece la publicación de un periódico diario en provincias, sin contar con otros medios de vida que nuestros propios esfuerzos y la protección que le dispensa el público, desde su aparición en el estadio de la prensa.

EL DIARIO MURCIANO, al obtener, dentro de su modesta esfera de acción, lo que considerará un triunfo, dada la independencia en que vive, no puede por menos de expresar el eter-

no agradecimiento que siente su alma para con todos aquellos que vienen contribuyendo á su sostenimiento y mayor prosperidad.

Hoy, como siempre, repetimos para terminar, el lema que nos distingue:

Todo por Murcia y para Murcia.

CARTA DE PARIS

La sala del Congreso de Versalles, donde se ha votado al presidente de la República, es majestuosa é incómoda. La incomodidad es condición indispensable á la majestad.

A pesar de sus condiciones, esta sala no ha hecho perder la alegría francesa de los diputados; alegría que no pierde sus derechos, pues son imprescindibles. En ella se vió á un Douville que, al depositar su papeleta en la urna, preguntaba cuantas copas de ajeno valia su voto.

Pero lo más curioso en la instalación de este Congreso, que dura dos horas cada siete años, es que se le prepara como si los diputados hubieran de pasar allí toda su vida. Los presidentes tienen allí salas de dormir, comedor, bibliotecas repletas de infolios; los cuartos cuentan también con admirables habitaciones que aprovechan durante el estío, para veranear de gorra; en fin, todo está allí previsto, y hasta inútiles cacerolas llenan las cocinas donde nadie penetró nunca ni es probable que penetren.

Lo único que justifica este gasto inútil, es que cuesta muy caro á la nación. Para nosotros es lo esencial.

Es alegre en extremo el ver á los diputados ó senadores procurarse buenos asientos, que luego no ocupan. En efecto, entran, votan, y desaparecen.

Allí no hay discusión alguna. Está prohibido el hablar.

Y sin embargo, París se des pobló por asistir á esta función, cuyos atractivos no he podido aún comprender.

París 19 de Enero.

POR EL MUNDO

El comercio de moscas

Este comercio, al parecer tan extravagante, no se practica en paisés semibárbaros, sino en plena Europa, en Alemania.

En los primeros días de primavera, muchos campesinos del valle del Elba, se dirigen por las noches á las orillas del río y extienden allí unos tra-

pos blancos, poniendo sobre cada uno una linterna.

Atraídas por la luz las moscas acuden á millares, y después de revolotear alrededor, van cayendo amontonadas sobre el trapo.

Al día siguiente los individuos disecan su caza dejándola secar al sol, y con esto tienen ya la mercancía dispuesta para venderse por las ferias.

¿Y quien la compra?—preguntará el lector.—Mucha gente siente la afición á tener pájaros, pues se dice que para estos, cuando están enjaulados, las moscas son el mejor alimento y el que los hace más cantores, especialmente tratándose de ruiseñores ó currucas.

CUENTO

Para Mariano Perez Bertoluci

Caro amigo, si por una casualidad llegara á tus manos el presente trabajo y te molestas en pasar la vista por sus mal pergeñadas líneas, no lo juzgues con dureza, y al hacerlo ten presente que no aspiro á aparecer como escritor, cosa que nunca fué, pues reconozco mi insuficiencia en asuntos literarios, únicamente deseo cumplir la promesa que te hice y para ello escucha un cuento:

Era Mercedes la muchacha más bella del pueblo; su pelo rubio como finas hebras de oro, era digno remate de su escultural cuerpo de diosa; sus ojos soñadores fascinaban á cuantos tenían la dicha de admirarlos; todos solicitaban su cariño, pero ella á nadie dió la más remota esperanza. Mariano, uno de los muchos que la cortejaban, no cedió en sus pretensiones y con una constancia impropia de su carácter, luchó hasta vencer los mil obstáculos que se oponían á la consecución de sus deseos y se hizo dueño de aquel tesoro, belleza y bondad.

Se amaban con ciega pasión; era la vez primera que sentían arder en sus corazones la llama abrasadora del amor y no creían existiera mayor dicha que la suya, porque ellos se consideraban los más felices del mundo, viviendo el uno para el otro, pero aquel cariño tan grande y sublime, tenían que ocultarlo, como si fuera el mayor y repugnante de los crímenes, aunque esto no era obstáculo para ellos.

Un día que la suerte les depa-
rá, hablaron Mariano y Mercedes; él acariciaba en su mente las más rosadas ilusiones y albergaba en su corazón ha-

lagüenas esperanzas. El rostro de Mercedes rebelaba el sufrimiento; sus hermosos ojos no tenían el brillo de aquellas horas felices en que se juraban amor eterno; ahora estaban empañados por el llanto.

No se explicaba Mariano las causas que motivaban su tristeza, y tan pronto veía desvanecida su dicha, como realizada; durante esa lucha que sostenía su espíritu, preguntó á Mercedes la causa de su aflicción; esta, entre lágrimas y sollozos, le manifestó que le obligaban á que no le quisiera—como si al corazón se le pudiera mandar. El rostro de Mariano se tornó lívido; medió un breve silencio, y los dos se hicieron las más tiernas promesas y firmes juramentos.

Se seguirían amando, como antes, sin que nada, ni nadie, fuera capaz de extinguir aquel cariño tan verdadero.

Esto, debieron adivinarlo los padres de ella, porque formaron la inquebrantable resolución de separarlos; creían que lejos el uno del otro se olvidarian, pero no fué así; siguieron amándose, su cariño acertaba las distancias y el recuerdo constante de sus promesas y juramentos los alentaba para arrostrar con valor aquella separación, que era para ellos el mayor de los tormentos.

Después de dos años regresó Mercedes al pueblo; todos creían que el amor se había extinguido en sus corazones, pero no era así; se amaban como en un principio y sucedió lo que era de esperar; Mercedes abandonó su casa y se entregó al hombre que más tarde la hizo su esposa.

Vivían felices, pero en medio de esta felicidad tenían un pesar; el olvido en que les tenían los padres de ella; esto fué causa de que se turbara la paz en que vivían, antes por el contrario, se querían más que en un principio, si es que esto era posible.

Al año de su casamiento, vino aumentar la alegría de los esposos un lindo pequeñuelo; los padres de ella cedieron en la textura que los colocara el acto realizado por Mercedes, y desde este día, fué completa su dicha.

¿Ves qué cuento, por ser mío no tiene valor alguno, pero está tomado de la vida real ¿que si continúan queriéndose? Sí, todavía no han tenido el más leve disgusto y su hogar es el altar donde se rinde culto al amor más puro y santo.

Enrique Lapuente



DON AGUSTIN MIRALLES Y SORO

Como saben nuestros lectores, el miércoles 18 de los corrientes falleció en Calasparra, víctima de rápida enfermedad de calenturas perniciosas, el que fué en vida honrado y cumplido caballero, y por muchos años administrador de la importante casa de los Excmos. Sres. Condes del Valle de San Juan en aquella Región, don Agustín Miralles y Soró.

Su funeral é entierro se verificó el jueves 19, á las diez de la mañana, en la Parroquial de aquella población, asistiendo toda ella casi, á tributar el testimonio de cariño que tenía al finado, que fué una institución.

Las cintas del féretro fueron llevadas por D. Gabino Ruiz, alcalde presidente; D. Eulalio Ruiz, segundo alcalde; D. José Velázquez, juez municipal; el farmacéutico D. Juan Moya, D. Joaquín Guillén, y D. Joaquín Abellán.

Presidieron el duelo el señor Conde del Valle de San Juan y su hijo D. Joaquín, los hermanos del difunto D. Juan, don D. Francisco y D. Santos, don Ramón del Villar, D. Pedro José López, D. Alfredo López Martínez, D. Rafael Armando, D. Baltasar Parra, D. Juan Martínez, D. Alejandro González, D. Roque Piñero, D. Sebastián Hervás, D. José Hervás, D. Rafael Martínez, don Ginés Hernández, D. Francisco Lozano, D. Joaquín Hernández, D. Antonio Gomariz, D. Sebastián Guillén, D. Gabriel Soler, D. Marcelino Pérez, don Emilio Ruiz, D. Gabino Soler, D. Francisco Pérez, D. Recaredo Guardiola, D. Higinio García, D. Teodoro López y don Ricardo Oliver.

El féretro fué llevado en hombros á la iglesia y al cementerio por dependientes de la casa.

Descanse en paz D. Agustín Miralles, que por su rectitud y laboriosidad supo hacerse una institución en Calasparra y cuyo nombre será constantemente repetido y pronunciado con respetuoso cariño por el inmenso número de á quienes hizo el bien y en general por cuantos tuvieron la satisfacción de conocerle.

